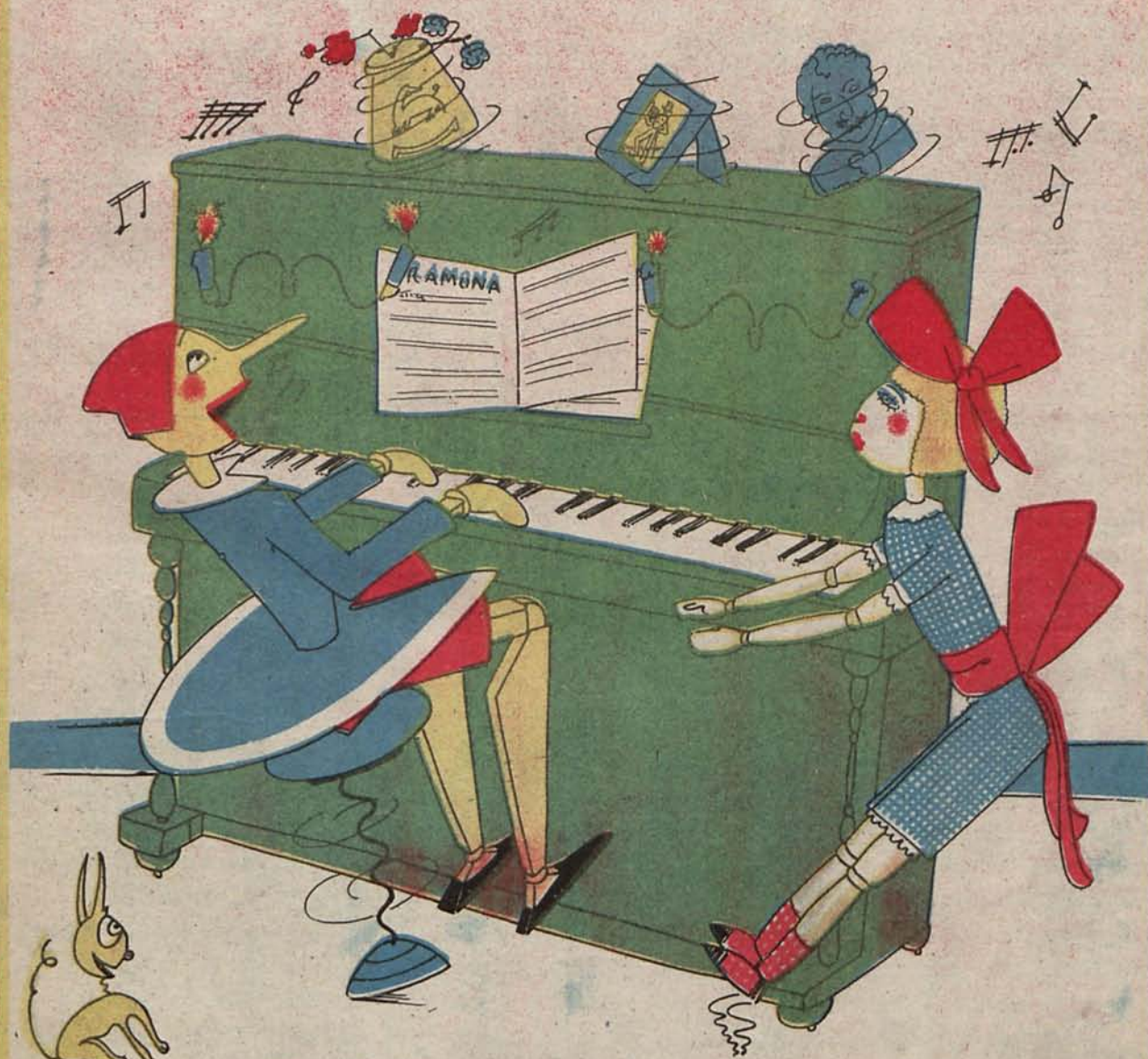


PINOCHO

AÑO V
NUM. 231

25 cts

21 JULIO
1929

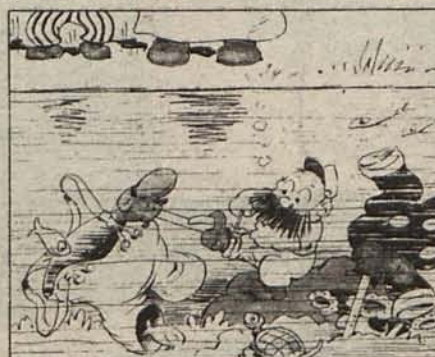


- ¡TE PASAS LA VIDA EN EL PIANO! ¿ESTAS ESCRIBIENDO ALGUNA ÒPERA?
- ¡NO; ES QUE QUIERO QUE SE MUDEN LOS VECINOS!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR
C. GIOVANOLA Y D. M. BARBIERI

(Continuación)

Egipcios la primacía sobre los Etiopes los cuales fueron completamente derrotados y sometidos por los primeros. Las excavaciones han de ser interesantísimas; porque precisamente en el siglo VII la escritura alfabética sustituyó hasta en las inscripciones a la ideográfica.

Tanto alarde de erudición histórico-arqueológica, tenía por objeto confundir y persuadir a mis perseguidores; pero no dió los resultados apetecidos porque el señor del frac misterioso me objetó con una risilla irónica y de labios afuera:

—Lo siento, querido señor; pero por algún tiempo tendrá usted que renunciar a sus interesantísimos trabajos.

—Nunca habría creído que al venir a Egipto hubiera tenido que sufrir semejantes violencias por parte de europeos civilizados...

—Me obliga usted a ello, caballero. La culpa no es mía ciertamente.

—¿Debo, pues, pagar a usted mi libertad, o acaso mi vida?

—¡Oh!, no señor; antes bien estoy yo dispuesto a recompensarle, y con bastante munificencia, por la información que le pedí y tan poco le costaría a usted darme, y aun le valdría en cambio el testimonio de mi generosidad. ¡Vaya, vaya! No se rechazan, sin pensarlo bien, ocasiones como ésta: el dinero y la libertad.

—Nada tengo que añadir a lo ya dicho—argüí concisamente.

—Piénselo, buen amigo, piénselo. ¿Qué diría

usted de una oferta definitiva de cien mil francos?

—Diría que no puedo aceptarla porque no está en mi mano dar noticias de un hecho del que no tengo conocimiento.

El misterioso personaje bufó de ira y rompió en una blasfemia articulada apenas entre dientes. Mi incorruptibilidad debía de parecerle extraña. Quizá había creído que no fuera por demás difícil hacerme hablar, y mi obstinación debió de exasperarle. Permaneció algunos minutos meditando, cejijunto, luego fijó en mí sus ojos torvos y amenazadores, y sin dirigirme otras palabras, dijo resueltamente al compañero y al beduino:

—¡Vámonos!

Cuando quedé solo, por un momento me sentí finalmente libre y seguro. Pero estaba tan fuertemente atado, que me era imposible mover brazo ni pierna; imposible por esfuerzos que hiciera, aflojar un solo milímetro la cuerda que me daba varias vueltas al cuerpo. ¿Qué sería de mí si no lograba desprenderme de aquellos lazos o no aparecía alguien que de ellos me desembarazase? Pero no tuve miedo; pensé que la cabaña no debía estar deshabitada, y que en el peor de los casos podría gritar pidiendo socorro. Cerca de mí, en el suelo, estaba mi cartera, de la que los dos bandoleros habían sacado, pero no cogido, papeles y dinero que, tirados y revueltos a mis pies, podían despertar la codicia de quien hubiera entrado haciéndome correr el riesgo de pasar otro mal cuarto de hora. En vista de ello, a saltitos, merced a violentas contracciones, me coloqué en forma que cubriese la cartera, papeles y dinero con mi cuerpo.

Pasó una hora, pasaron dos, tres, cuatro, en

una inútil ansiedad. Alrededor todo era silencio, y por el portón que habían dejado abierto de par en par, divisábase un paisaje amarillento, interrumpido aquí y allá por la breve sombra de alguna palmera. Hubiérase dicho que era un país deshabitado. Las últimas horas de la tarde fueron terribles. Pesaba en aquel interior un bochorno insoportable que despertaba en los rincones una desagradabilísima sinfonía de pestíferos olores a que servía de acompañamiento el bordón de un constante zumbido de insectos enfurecidos por el calor. Sentía yo crecer un apetito formidable que aguzaba las angustias de mi espera y me hacía desconfiar cada vez más de mis esperanzas. Cuando el apetito se trocó en un hambre rabiosa y desesperada, que me producía feroces calambres en el estómago, tuve la certeza de que tenía que morir allí, en medio de aquella suciedad, y de aquel zumbido enloquecedor, desgarrado por el hambre, en la absoluta imposibilidad de escapar a tan terrible fin. La noche, que cayó rápidamente, acrecentó mis terrores y mis zozobras. Atormentado por el hambre, los insectos y las ligaduras que me oprimían muñecas y tobillos como si fuesen tornillos de acero, aquellas horas siniestras y silenciosas me parecieron interminables, así transcurridas en el más angustioso de los insomnios y llenas del pensamiento de un fin próximo e indefectible. Ni siquiera los primeros albores del día que me envió por el vano de la puerta sus rosados efluvios, sirvieron para que mi espíritu debilitado recobrase un poco de esperanza, recuerdo, incluso, que al ver de nuevo la luz tuve la persuasión de que sería por última vez y que mi desesperación se centuplicó a tal idea.

Dominábanme estos fúnebres pensamientos, cuando de repente me pareció oír a intervalos algunas notas de una lenta canción, en lontananza. Luego, poco a poco, el canto, monótono y acompasado, se oyó más distintamente, y se acercó tanto que habríase dicho que la comitiva, acaso de aldeanos dirigiéndose a sus labo-

res, pasaba a menos de cien metros de la cabaña. Entonces, con cuantos alientos pude, emití mis pulmones, me puse a pedir socorro, con breves pausas entre uno y otro grito. El canto cesó súbitamente, y pronto se oyó una fuerte repercusión de pasos que se aproximaban, y la cabaña quedó invadida por numerosos hombres semidesnudos que estallaron en grandes exclamaciones de sorpresa al verme en aquella situación.

En vano les dirigí la palabra, en inglés primero, luego en francés y por fin en italiano; ellos me miraban con curiosidad, pero seguían hablando en un dialecto que era absolutamente incomprensible para mí. Sólo cuando se me ocurrió nombrar a Sidi-ben-Omar que debía de ser su amo, ví reflejada en sus semblantes una sorpresa mayor todavía; algunos de ellos se me acercaron más y repitieron interrogativamente:

—¿Sidi-ben-Omar? ¿Sidi-ben-Omar?

Y yo, agarrándome a un hilo de esperanza, cuidé de repetir en cien tonos diversos aquella única frase, procurando expresar con ella sola el deseo, la esperanza, el dolor y la súplica.

—¡Sidi-ben-Omar! ¡Sidi-ben-Omar! ¡Sidi-ben-Omar!

Los indígenas, no arriesgándose, con todo, a desligarme de las cuerdas que me imposibilitaban, consultaron entre sí con palabras rápidas y agitadas; después salieron algunos para correr a llamar a Sidi (según pense yo), mientras los demás continuaban entrando y saliendo en la choza, llegando a mí, interrogándome y repitiendo el nombre de su señor como para asegurarme que al poco rato le podría ver.

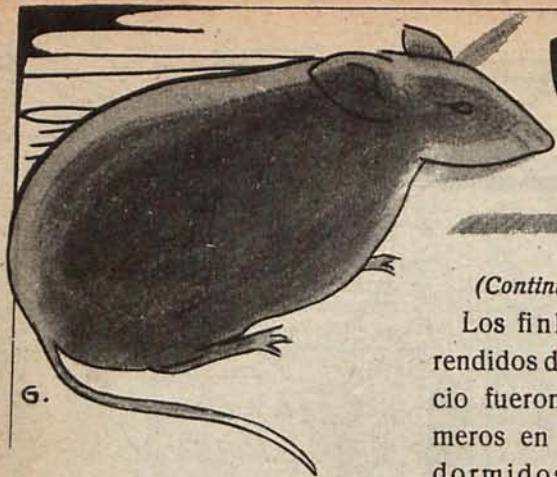
Vino, en efecto, cerca de una hora después, un hombre de rasgos nobles y regulares, con la nariz ligeramente aquilina y una pequeña barba en punta, adusto de expresión, no alto sino más bien rechoncho y de robusto aspecto, vestido a la europea pero con botas y espuelas, y en la cabeza un fez. A primera vista acudiéndome a las mientes las suposiciones relativas a Larouchy,

(Continuará en el próximo número)



COLORÍN y su PANDILLA





EL SAQUEO DE LA "HANSÁ" POR CE. RATONES

(Continuación)

Los finlandeses rendidos de cansancio fueron los primeros en quedarse dormidos, no sin

antes haberse atado con cuerdas a los palos para no caer desde lo alto de las cofas donde el sitio que había para ellos era por demás escaso.

Al despertar les esperaba una mala sorpresa. La cofa del palo de mesa había sido abandonada por la tripulación.

Aprovechando la oscuridad de la noche, el capitán y sus hombres se habían embarcado en la única lancha que llevaba el buque y abandonaron pérfidamente a los pobres finlandeses.

—¡Estamos perdidos!—exclamó el hermano mayor—¡Sólo nos queda ya prepararnos a bien morir, padre mío!

—No perdáis el ánimo—contestó el anciano—Esperaremos hasta que venga a recogernos cualquier barco.

Cierto es que el mar es inmenso, pero también es verdad que por él

navegan numerosísimos barcos. Confiemos en la Providencia.

—Y mientras tanto ¿no acabarán por devorarnos estas ratas? Como no tienen ya nada que roer se abalanzarán sobre nosotros.

—Por ahora creo que no lo harán—dijo el padre—Están encarnizados ahora con la despensa y sus dientes darán buena cuenta de ella. Si logran entrar ahí nos dejarán descansar durante algunos días.

En efecto. Aquella enorme multitud de ratas se había abalanzado contra la caseta que servía de almacén para los víveres y miles y miles de dientes roían con furor las tablas de madera de pino para abrir agujeros.

El hambre les enfurecía y el olor de la carne salada les excitaba cada vez más.

Lo previsto por el viejo finlandés no tardó en confirmarse. Después de un par de horas, las tablas roídas por infinidad de puntos comenzaron a ceder y las primeras falanges se precipitaron dentro de la despensa. Como todas no podían penetrar de una vez, se armó un descomunal combate en





torno de la caseta. Las últimas saltaban sobre las primeras mordiendo ferozmente a las que caían debajo así que en pocos minutos se formó una verdadera montaña de ratas que cubrían completamente la caseta.

La lucha se prolongó durante todo el día entreteniéndolo a los pobres náufragos que se alegraban de ver como disminuían notablemente sus enemigos pues por centenares perecían en aquella lucha desesperada.

A la mañana siguiente las ratas reventando de tanto comer rehusaron abrir ya nuevos agujeros y permanecieron agrupadas y somnolientas en la cubierta del barco. En la caseta no debieron dejar ni una migaja de tocino, ni una miga de pan, ni una patata. Todo debió haber desaparecido entre los dientes de aquellos roedores.



La nave, en tanto, impulsada por una fresca brisa caminaba lentamente a la deriva, bamboleándose ligeramente. El agua llegaba ya hasta la altura de los bordes de la toldilla y barría libremente el puente pero la masa enorme del barco flotaba siempre y no había peligro de que se hundiese.

Durante dos días las ratas permanecieron tranquilas, pero al tercero el hambre se les despertó de nuevo y comenzaron a correr y agitarse trepando por las amuras y las cuerdas con intención de escalar el palo trinquete.

Vacía ya la despensa querían banquetearse con la carne de los náufragos.

—Padre,—dijo el hijo mayor mirando a su hermanita—ya ha llegado el momento de peligro; ¿lograremos rechazarles el asalto?

—¿Cuántos víveres nos quedan aun?—preguntó el anciano.

—No nos queda más que dos botellas de agua un par de kilos de bizcocho y media hoja de tocino.

—Eso nos bastará para resistir aun tres o cuatro días.

—¿Y no tiene en cuenta que pueden asaltarnos las ratas?

El anciano no contestó: parecía que meditaba profundamente.

—Allá veremos; haremos por rechazarlas cuanto podamos—respondió fijando la mirada en sus hijos que le contemplaban con ansiedad.

—¿Qué dices padre?—preguntó el primogénito.

—Que es necesario impedir a las ratas que nos asalten por todas partes a un mismo tiempo.

(Continuará en el próximo número)



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



¿QUIERES QUE VAYAMOS A
JUGAR CON AQUEL COLEGIO
DE NIÑOS?

BUENO; PERO YA SÁBE
USTED QUE SIEMPRE SA-
LIMOS TARIFANDO



SI VOSOTROS OS "AJUNTAIS"
CON NOSOTROS, JUGAREMOS
ALO QUE VOSOTROS QUE-
RAIS



¡ELE! ¡ELE! VAMOS A JUGAR AL PASO.
CURRINCHE SE QUEDA

¡VAYA SUERTE PERRA
QUE YO TENGO!



¡PERO QUÉ VEO! ¡SI TE HAN
DOBLADO POR LA MITAD!

USTED VERÁ. ME
HAN SALTADO
TODOS LOS CHICOS
DE LA CIUDAD



NO TE PREOCUPES, MORENO.
YA SABES QUE CUANDO
TE TUERCES EL QUE TE
ENDEREZA SOY YO



AHORA VAMOS A JUGAR AL TREN, QUE ES MÁS BONITO.
YO HARÉ DE LOCOMOTORA Y CURRINCHE DE FURGÓN DE
COLA



¡UN CHOQUE! ¡UN CHOQUE!
¡¡PAFFFF!!

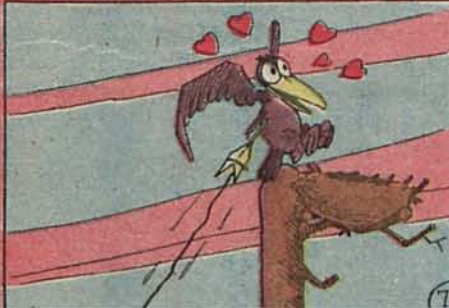
MIRA, CURRINCHE, HOY TE
HAS LEVANTADO CON MUY
MALA PATA. VALE MÁS
QUE TE ESTÉS EN CASITA
Y QUE NO SALGAS



**LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA**



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

Casillo

JUAN EL POCA



ADIE sabía el origen de aquel mote: «el Poca». Pero a juzgar por el ánimo decidido y valiente del muchacho se podrá presumir que el apodo procedía de las muestras frecuentes que daba Juan de «poca jindama» o aprensión. Porque tenía la suerte de no conocer el miedo.

Era Juan amigo de aventuras y lances extremados; y en busca de ellos andaba por el mundo.

Cierto día llegó a un pueblito de pescadores en el que a no dudar ocurría algo anormal. La gente formando grupos en la playa estaba visiblemente afligida y como atemorizada.

Acercóse Juan a uno de los grupos a preguntar qué sucedía y a ofrecerse por si su esfuerzo animoso podía ser útil para algo, y entonces supo algo muy raro que en verdad justificaba la afligida actitud de los aldeanos.

Un viejo pescador le contestó así:

—Ni tú, ni nadie, puede, por desgracia, socorrernos en nuestra desventura. El monstruo llegará de un momento a otro, si sí, llegará.

—¿El monstruo? ¿Qué monstruo?

—Esa es nuestra horrible desgracia—contestó el pescador—y la causa de nuestro abatimiento. El año pasado, en tal día como hoy, se levantó en esta costa, en la misma playa que ves, una ola inmensa, descomunal. Horrorizados creímos que iba a aplastar todas nuestras casas y a nosotros con ellas. No fué así. De pronto asomó sobre la cresta de la ola la espantosa cabeza de un monstruo, una especie de tiburón gigantesco, que sin saber nosotros cómo se acercó a la playa, arrebató a un pobre niño que en ella estaba y nos dijo con voz de trueno:

—«Cada año volveré. Y si no me entregáis un niño vivo pereceréis todos».

Volvió a hundirse en el mar y la inmensa ola se marchó con él. Al niño no hemos vuelto a verle. Y hoy que se cumple el año, estamos aterrados temiendo ver aparecer al monstruo y destrozar todas nuestras haciendas y matarnos a todos. A todos, sí; porque como comprenderás preferimos morir todos mejor que cometer la infamia de sacrificar a un niño inocente para salvarnos.

—Eso está muy bien—dijo Juan—. Pero vuestro sacrificio va a ser innecesario, porque aquí estoy yo.

—¿Tú? exclamó el pescador con sorpresa y un poco de esperanza jubilosa—Y ¿qué harás?

—Aun no lo sé—dijo Juan—. Pero, mira: ese monstruo que habla y pide niños no es cosa natural; es algo raro y misterioso. Y yo me perezco por las cosas misteriosas y raras. Yo desafiaré al monstruo ese que quizá no sea tan fiero como le pintáis.

—¡Estás loco, desgraciado! ¡Te devorará!

—¡Bueno!—dijo Juan—. Después de todo alguna vez hay que morir, y yo, por suerte, no tengo nada urgente que hacer ni esta tarde ni mañana.

No había acabado de decirlo cuando el mar se encrespó horriblemente y desde el horizonte avanzó una ola tremenda, fantástica.

Al llegar junto a la playa asomó por encima de la ola la imponente cabeza del monstruoso tiburón, que con voz tonante gritó:

—¡El niño! ¡El niño o perecéis!

Juan, con pasmoso valor, se adelantó hacia el mar y dijo:

—¡Que te crees tú esol!

—¿Quién eres tú, temerario—rugió el monstruo—que así osas desafiarme?

—Casi nada; un madrileño, hijo de madrileño y nieto de madrileño, que no se asusta de tu vozarrón ni de tus ojos fieros. Con que anda, anda, vete para tu casa y déjanos en paz.

Los pescadores asistían a esta escena increíble llenos de pasmo, de admiración

y de esperanza. Pero el monstruo lanzando un terrible rugido, gritó:

—¡Pues ahora verás lo que es bueno! ¡Prepárate a morir!

—Ya será algo menos—dijo Juan soltando una carcajada.

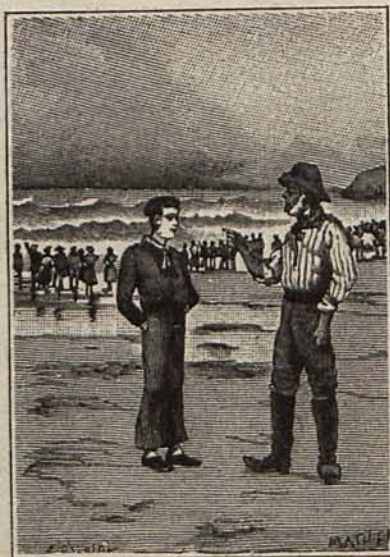
El monstruo avanzó hacia la playa. Juan dió un saltó atrás y gritó:

—¡A ver, hombre! ¡Dadme algo para defenderme!

Los pescadores azorados no sabían qué darle. Uno de ellos casi sin saber lo que hacía le tendió una red que tenía en la mano.

¡Una red! ¡Para qué iba a servirle a Juan una red! ¡Como si el monstruo fuera un cangrejo o una sardina!

Juan la cogió, sin embargo, a la vez que arrancaba una barra de hierro que estaba clavada en la arena, y que cogía un cuchillo que tenía en el cinto un pescador.





El monstruo dando un gran coletazo levantó dos enormes columnas de agua que cayeron sobre los pescadores y los derribaron. Cuando se levantaron restregándose los ojos, Juan había desaparecido.

¿Sabéis dónde estaba? Pues en la garganta del enorme pez, envuelto entre la red y empujando la barra y el cuchillo.

A tientas buscó un sitio para sentarse, y se puso a pensar en lo que había sucedido y sobre todo en lo que iba a suceder.

A todo esto, el tiburón, que se había dado cuenta de que el muchacho se le había quedado en la garganta, empezó a tragar agua para pasarle, y tanta entraba y con tal fuerza, que el monstruo hubiera logrado su intento, si Juanillo no hubiera clavado la barra entre dos dientes del tiburón, sujetándose luego a ella como un desesperado.

La barra, naturalmente, le hacía daño al tiburón, que presa de un terrible dolor de muelas, emprendió una carrera vertiginosa; entonces Juan se acordó de la red. Bien dicen que nada hay inútil en el mundo. Se le ocurrió sujetarla en los dientes del pez y echarse en ella un rato.

—Por de pronto—se dijo—dormiremos un poco, y ya veremos luego lo que pasa.

La verdad es que era todo un valiente el bueno de Juan, ¿no os parece?

Le despertó una viva luz que entraba en la boca del tiburón. Este había bajado a su palacio y se hacía reconocer por el dentista, que metió el dedo para investigar la causa del dolor; pero Juan le dió un buen pinchazo con el cuchillo.

—¡Cáscaras!—dijo el dentista—Ahí dentro hay gente. Lo que es yo no meto otra vez la mano.

Entonces sucedió algo maravilloso. Juan se encontró de pronto libre, en el salón de un magnífico palacio. El tiburón se había convertido en un Rey de ojos verdes, que estaba sentado sobre su trono y rodeado de su corte y que sonriéndole afablemente, le dijo:

—¡Bravo, Juan! Eres todo un hombre y un hombre de corazón. Lo has mostrado primero interesándote por la suerte de aquellos apocados pescadores cuyo miedo ha sido la causa de su desdicha. Yo soy el Rey de los Genios del Mar y quise probar el valor y la bondad de aquellas gentes, porque la bondad y el valor son las más estimables cualidades humanas. Tú les has dado una lección...

—Y además me he divertido mucho—interrumpió Juan.

—Lo celebro—dijo el Rey—. También divertirse es cosa buena si se hace sin hacer daño

a los demás ni a sí mismo. Aquí tienes al niño que yo me llevé. Ha sido feliz en mi palacio porque yo le he dado juguetes y amigos y él veía a sus padres por un telégrafo especial que yo tengo y que los hombres no conocen todavía; les oía hablar por teléfono sin hilos, que ya conocéis también los hombres, aunque no desde hace tanto tiempo como yo, y en fin, sabía que hoy volvería a su casa lleno de regalos y de dinero, con lo cual sus padres podrían vivir felices y olvidar el disgusto sufrido. En cuanto a tí, que lo mereces todo por tu gran corazón, entra en mi tesoro real y coge todo lo que quieras.

—Gracias, señor; yo con poco tengo bastante—dijo Juan—. Las riquezas atan mucho. Prefiero la libertad y la incertidum-

bre: buscar la sorpresa de cada día y tener que esforzarme para vivir. La vida ociosa y tranquila debe de ser muy aburrida y no la podría soportar mi amor de las aventuras y mi afición al encanto de lo imprevisto. Tomaré, pues, un recuerdo vuestro y nada más.

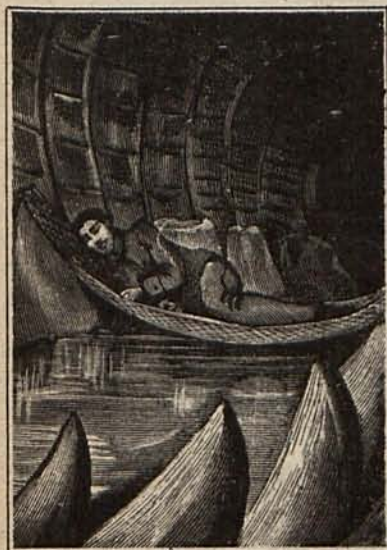
—Como quieras—dijo el Rey—. Cada cual debe hacer lo que encaje en su temperamento. Otros no podrían ser felices sin tranquilidad. Lo que tú llamas el encanto de lo imprevisto sería para otros hombres la angustia de lo incierto. Debe haber destinos distintos para los distintos hombres. Adiós, Juan. Mi submarino real te llevará con este niño a tierra. Sé siempre hombre honrado y no te pesará.

Despidióse Juan del Rey de los Genios del Mar y después de tomar en su tesoro un medallón muy hermoso que se colgó al cuello como recuerdo, subió, con el niño rescatado, al submarino, que en un momento les llevó a tierra.

Imaginad la alegría de los pescadores al verles llegar...

No querían separarse de Juan. Pero Juan quiso seguir su vida. Y siempre fué valiente y bueno.

Ojalá lo seáis siempre vosotros también.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



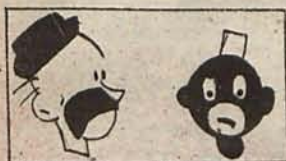
—¿Qué quieres saber hoy, querido Chonón?
—Hoy necesito que me hables de la edad que pueden alcanzar los animales. Tengo que hablar en público de este tema.
—¿Qué me dices? ¿Tú, sonferenciante? ¿No te cortarás si hablas en público?
—Si conozco bien el tema de que voy a hablar, no. Por eso quiero que me prepares tú bien.
—Pero antes supongo que me dirás dónde y por qué vas a dar esa conferencia. Me has dejado con el pico abierto. Te atreves nada menos que a dar una conferencia. Eres grande, Chonón. Y esto es admirable por lo pequeño que eres.
—Pues verás. He recibido una tarjeta de Don Turulato invitándome al bautizo de una ballena.
—¡Extraordinario!
—Todas las cosas de Don Turu, ya sabes que son extraordinarias. Yo he aceptado la invitación, pero se me piden dos condiciones. Una, que he de ir de etiqueta, y otra, que he de hablar sobre un tema ya escogido por Don Turu. El tiempo que viven los animales.
—Has hecho muy requetebién en no achicarte. Así verán todo lo que tú eres. Todo de lo que tú eres capaz.
—Pero yo he puesto también mi condición. He aceptado el convite y la conferencia, a cambio de que tú seas también invitado, querido buho. Yo no sé ir a ninguna parte sin ti. Del mismo modo que Don Turu llevará a Currinche, necesito yo llevarte a ti. Nos complementamos, y uno sin el otro no somos nadie ¿no te parece?
—Encantado y te agradezco mucho tu atención. Pero dime ¿he de hablar yo también?
—Qué duda cabe. Tú, el más sabio de los buhos, no puedes permanecer callado. Además, tengo la seguridad de que tu charla será la más amena de todas.
—¿Tú crees?
—Te lo aseguro. Desde luego no serás el hazmerreir de la reunión. Ese papel está reservado para un personaje que ya puedes suponer quién va a ser.
—No caigo.
—Pues hombre ya te lo podías figurar. El Capitán Corretón.
—¿Pero también vá?
—También. Y Tin y Ton, y Morronguís, y Colorín con toda su pandilla, y Anita, y el Gran Pinocho, y Pirulín, y Laura. Hasta Pelucho dará unos ladridos de saludo a la ballena recién nacida. En fin, qué se yo; vamos a ir lo menos cien personas y casi otros tantos animales amigos de los papás de la ballena. Esto es lo que me dice Don Turu.
—Interesantisimo. Voy desde luego. Nos vamos a reir la mar. ¡Vaya juerguecita que nos esperal
—Ya puedes, pues, ir hablándome. ¿Cuál es el animal que más años vive?
—Precisamente la ballena. Esta noticia llenará de júbilo a los padres del recién nacido. ¿Es el primer hijo que tienen?
—El primero.
—Pues aún podrán tener muchos más, porque la ballena puede vivir hasta 500 años.
—¿Cinco siglos?
—Exacto. Oye ¿y qué nombre le van a poner al ballenato?
—No es varón, es hembra; y según reza la tarjetita va a llamarse Pepita Jacoba Escafandra.
—¿Y dónde va a ser el banquete?
—Dice Don Turu que en casa de la ballena; calle del Corsé, número 90, piso 4.º interior.
—Me parece que Don Turu está malito de la cabeza. Le van a tener que dar un toquecito en el trigémino. ¿No te parece?
—Mira, no me desanimes, y hablame de lo que te he dicho.
—Ya sabes que el animal del mar que más vive es la ballena que puede llegar hasta los 500 años. El animal de tierra de más larga vida es la tortuga, que puede vivir hasta 350 años.

—Y eso que se pasa la vida casi sin comer, ni moverse. Yo tengo una en casa y no he visto trasto más inútil.
—Pues ya ves si soporta años y años su inutilidad. El cocodrilo, si se halla en absoluta libertad, disfrutando de la tranquila vida de las selvas en que nace, puede llegar a los 300 años. Le sigue en longevidad el elefante, cuya vida llega a los 100 años. Esta misma edad pueden alcanzarla algunas aves, como el águila, el cisne, y el cuervo. La garza y el loro pueden llegar a los 60 y el pelicano y el ganso a los 50.
—¡Hay que ver este último animalito! ¡Cincuenta años haciendo gansadas!
—¡Qué chiste más malísimo Chonón!
—Pues malo y todo lo colocaré en el banquete.
—Te ganarás un banquetazo. Como si lo viera. El león y el camello pueden vivir 40 años, la calandria y el caballo 30, el pavo real, la grulla y la vaca 25. La paloma, el ruiseñor y la alondra pueden vivir 18, la cabra, el perro, el faisán, la perdiz y el jilguero 15, la gallina, el mirlo, el peirrojo, el gato y la oveja 12 y el conejo 5.
—No te desconsuela pensar que muchos animales viven más años que el hombre?
—A mí me trae sin cuidado. Yo no soy hombre y no tiene por qué desconsolarme. Además no adelanto tampoco nada con pensar que hay otros animales que viven más que yo. ¿Adelantaría algo con desconsolarme?
—Tienes razón. Y tú ¿vivirás muchos años?
—Mi sabiduría no penetra en ese misterio. La vida natural de los buhos puede llegar hasta los 20 años.
—¿Nada más?
—Nada más. ¿Te parece poco?
—Muy poco. Y créeme que me desconsuela. Yo quisiera que tú vivieras muchos, muchos años. Me indigna que una tortuga pueda vivir muchísimo más tiempo que tú.
—No seas ridículo Chonón. Contra la Naturaleza es ridículo más indignarse. Y hasta irrespetuoso.
—Bueno dejemos ya el tema que va siendo hora de arreglarse para ir al banquete.
—¿Dices que hay que ir de etiqueta?
—Desde luego.
—De etiqueta y con la cena en el bolsillo.
—Tú estás mal de la cabeza. ¿Vas a ir a un banquete con la cena en el bolsillo?
—Yo sé lo que me hago. Haz tú lo mismo por si acaso. Mira que conozco muy bien a Don Turu y sé lo infeliz que es. A lo mejor le han querido tomar el pelo gastándole una broma, y como están Tin y Ton por medio, no tendría nada de extraño que de resultados de nuestra candidez nos quedásemos sin cenar. Hazme caso a mí y llévate la cena en el bolsillo por si acaso.
—Entonces ¿tú crees...?
—Nada. Yo no creo nada. Pero ese par de hienas, Tin y Ton, son capaces de todo. A lo mejor ni hay tal ballena, ni tal bautizo, ni tal calle del Corsé, ni cosa que se le parezca.
—Traéme la guía de Madrid y buscaremos esa calle a ver si está.
—Tómala.
—¿Vés? Aquí dice que se venden ballenas para los corsés, en la calle del Pez.
—Pero eso ¿qué tiene que ver?
—Ya lo creo. Eso dice bien claro que en la calle del Pez hay ballenas, y como las ballenas son para los corsés, pues no cabe duda que en la calle del Corsé también habrá ballenas.
—Estás completamente mochaes, querido Chonón. En fin, iremos y sea lo que Dios quiera. Pero que te conste que a mí me dá en la nariz un tufillo de bromazo de Tin y Ton que no es precisamente el olorcillo de banquete.
—Eres un pesimista buho.
—Y tú, un cándido.

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE JULIO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Don Turu y Currinche
Maruja Rico, 5 años



Mi lamparita
M.ª Teresa Calderón,
11 años



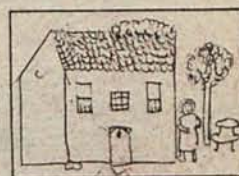
Una flamenca
Pilar Vilhau



Ku-my
I. Jaraquemada



Yo soy la canastera
Manolo Sanchis



Una casita
Maruja Hernández, 11 años



Un pueblo
Tolo Vega



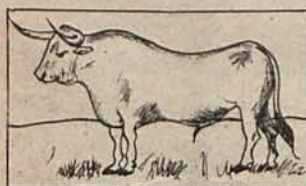
MI primo
M. Usano



Niño pera
M. Sanchis



Una aviadora
J. Castrillo



Un miura
Francisco manada



Gorila
Santiago Rodríguez



Morronguís
Jose Luis Piliñan



Pinocho
Bernardino Espinosa

Fijaos en los magníficos premios
del

GRAN SORTEO DE JUGUETES
ORGANIZADO POR LA SOCIEDAD FABRICANTE DEL
PAPEL DE FUMAR ABADIE

que se celebrará en combinación con el sorteo de
la Lotería Nacional de 2 de enero de 1930.

420 JUGUETES

Primer premio

Un automóvil tipo Baby, marca Bugatti, con motor eléctrico y marcha de 15 kilómetros por hora.

Segundo premio: Un elegante cochecito con muñeco y ama.

Tercer premio: Una sólida bicicleta con side-car.

Cuarto premio: Una linda mesita con mantelería, servicio de vajilla y cuatro sillas.

VEINTE bonitos juguetes para los números favorecidos con los veinte premios de quince mil pesetas.

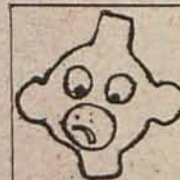
396 variados juguetes para los números favorecidos con las centenas de los cuatro premios mayores.

Cada veinte cubiertas de libritos o cada cinco cubiertas de blocs de papel de fumar Abadie da derecho a una papeleta para tomar parte en este sorteo.

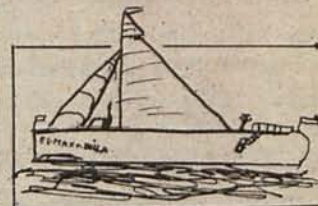
El canje de cubiertas se efectuará desde el día 1 de Octubre al 21 de Diciembre, en el Almacén General del Papel de Fumar Abadie—Campomór, 20 y Orellana, 3 triplicado—Madrid. Los domiciliados en provincias se dirigirán por correo.



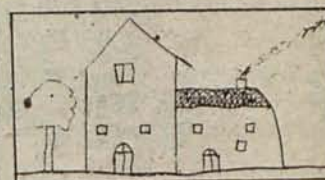
Un pollo
J. Tenas



Currinche
T. de Iborra



Un balandro
Raimundo Pillado, 8 años



La casita de mi abuelo
Juanito de la Serna



Un baxeador
Ignacio Becena

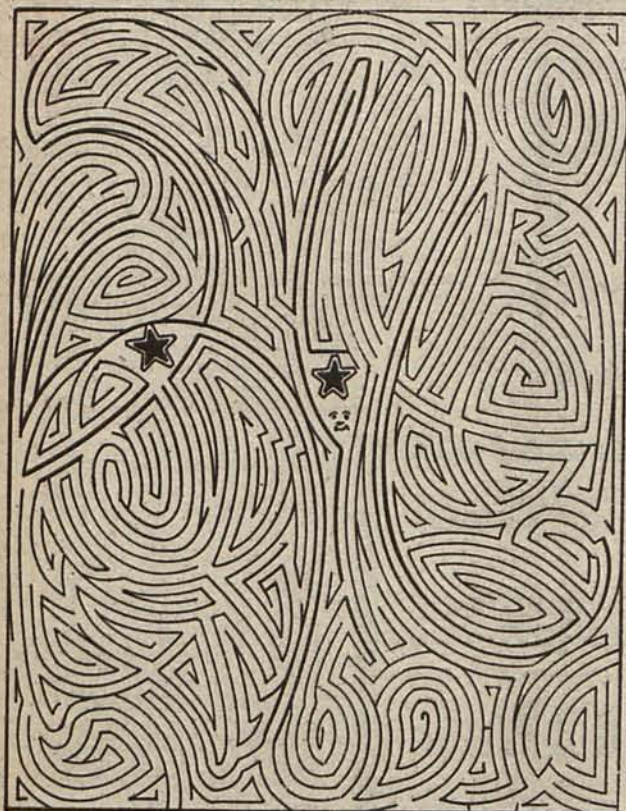


Un pinochista
Julio M. Alvarez

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JULIO

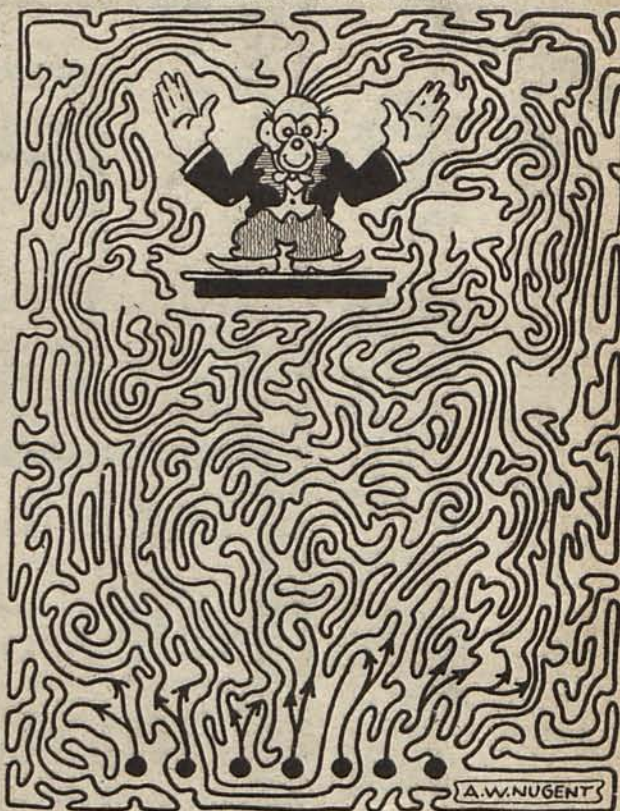
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL LABERINTO JAPONÉS

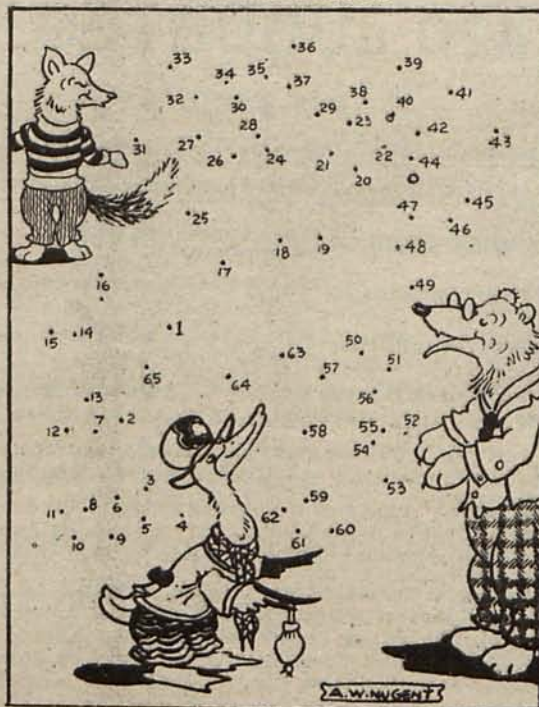


Un sabio japonés, el venerable Fu-si-yi-na, tenía una hermosa posesión y un sobrino. La posesión era hermosísima y el sobrino era de «abrigo», tan de «abrigo» que Fu-si-yi-na, temiendo que malgastase todo su capital lo escondió en un lugar de su posesión. Para llegar a este lugar desde su casa había un verdadero laberinto de calles y encrucijadas y Fu-si-yi-na, después de dejar escondidos sus tesoros, se fué a dormir tranquilamente. Pero cuando volvió al cabo de unos días, a contemplarlos, se encontró con la desagradable sorpresa de que su sobrino había encontrado el camino hasta el tesoro y había arramblado con todo él. ¿Seréis vosotros tan listos como el sobrino de Fu-si-yi-na?

EL MONO PACIENZUDO



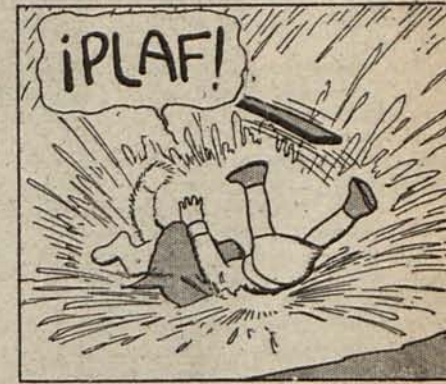
LOS NÚMEROS



Trazar líneas, siguiendo el orden de los números, y conseguiréis dibujar la figura de un conocido animal. ¿Cuál es este?

Los monos son unos animales muy simpáticos, extraordinariamente simpáticos. Aunque se les hagan las mayores travesuras ellos no se quejan y aguantan pacientemente, todas las bromas por pesadas y malintencionadas que sean. No es de chocar, pues, que esté tan sonriente este mono que hay en el dibujo a pesar de que tiene la cabeza sujeta por siete cuerdas que parten de los puntos que véis abajo, en el dibujo. ¿Podéis indicar vosotros cual es la trayectoria que siguen estas cuerdas, partiendo de los mencionados puntos hasta la cabeza del mono?

ANITA BUEN- CORAZON



Sección Pirula



Charlas de Pirula...
bordadora

CARACOLES

¡Caracoles! exclama Tina todos los años por estas fechas.

Bueno, antes de proseguir he de hacer, nada menos que tres aclaraciones.

1.ª Todos los años, para Tina, no son en realidad, hasta ahora, más que siete años; añádase a estos siete, otro año, el primero de su vida, en el que Tina aun no decía «caracoles» ni decía nada; y otro año, el segundo, en que en lugar de decir «caracoles», Tina pronunciaba «tatoes». Total que Tina tiene como habréis podido comprender, nueve años.

2.ª Tina se llama Constantina; pero ni a mí ni a nadie le parece oportuno aplicar un nombre tan largo e importante a tan diminuta y risueña personilla.

3.ª Sentiría que juzgaséis mal de la educación de Tina por su exclamación de «Caracoles»; no es que Tina exclame «caracoles» como pudiera exclamar «Atiza» o «arrea» o cualquiera otra exclamación igualmente indigna de una Pirulinda esmeradamente educada.

No; Tina exclama «caracoles» todos los años, por estas fechas, cuando al llegar al pueblo costero donde veranea con sus papás, pisa por primera vez la arena de la playa.

Y exclama «caracoles» refiriéndose no a los moluscos con cuernos, que llevan su casita a cuestas y que se hallan en el jardín, si no a otra clase de caracoles, que son las conchas que hay en la playa, sencillamente.

Estas conchas son la debilidad de Tina; le encanta buscarlas en la arena, hasta el punto de que se olvida de otros juegos de su predilección tales como la venta de flanes de arena mojada que salen perfectamente perfilados de su cubo de hojalata pintada de rojo, o la edificación de puentes y castillos, bien que hace poco realizó una estupenda fortaleza medioeval, con escalera y todo; con escalera de caracol, naturalmente.

Pero es lo que dice Tina: «Los flanes se los come... la arena; y las edificaciones, se las traga el mar. En cambio, los caracoles, además de la diversión de buscarlos, le proporcionan otras muchas.

Por ejemplo, la de reunirlos en una co-

lección que se acrecenta de día en día y, a fines del verano, llega a ser tan copiosa que no me chocaría que a ella se deba el exceso de equipaje que paga papá.

Luego, en el invierno, Tina mirando su colección de conchas evoca los encantados días del veraneo y además fabrica con ellos toda suerte de objetos caprichosos de los cuales ya volveremos a hablar algún día, os lo prometo.

En lo que todavía no ha pensado Tina es en utilizar sus caracoles como modelo de bordado. Y lo celebro, pues así tengo el honor de ser yo quien le brinda esta idea a ella, y a todas vosotras también.

Nada más adecuado que este motivo decorativo para bordarlo en los pañitos que se colocan sobre las fuentes en que haya de servirse pescado o mariscos. Pero a Tina y a cuantas Pirulindas compartan sus aficiones playeras, les gustará seguramente lucir este adorno en delantales y en trajecitos sencillos de vuelo, de tursor, o de *toile* de hilo.

Pueden bordarse formando una cenefa y las olas sinuosas forman entonces un festón de anchas ondas, al borde de la prenda. También pueden bordarse las conchas sueltas, sirviendo o no de bolsillos.

Tina no es egoísta y no piensa solamente en lo que a ella le gusta, ni en trabajar para adornar sus propios trajes; también se preocupa mucho de su hermanito Chololo, un diablillo con cara de angel. Chololo (si de Constantina hacemos Tina ¿por qué no hemos de convertir Manuel, o sea Manolo, en Chololo?) no comparte las aficiones de su hermana; a él lo que le gusta son los barcos, y cuanto mayores, mejor.

Él tiene uno que le trae loco de contento, pero no es muy grande; es bastante más pequeño que un trasatlántico; Chololo lo lleva debajo del brazo sin dificultad ninguna. Ahora que él ha leído un cuento cuyo héroe poseía un barco que, según la voluntad de su dueño, se encogía hasta caberle en el bolsillo o se ensanchaba hasta el punto de transportar un ejército a través de los mares. Y Chololo no desespera de que suceda lo mismo con su «Niña».

Porque el barco de Chololo se llama igual que una de las carabelas de Cristóbal Colón, y cuando Chololo, sujetándolo por el extremo de un bramante, lo bota al mar y lo vé salvar graciosamente las olas, no está muy lejos de sentir en sí, un alma de descubridor de nuevas Américas. En vista de todo esto, Tina ha resuelto dar a su hermanito una gran sorpresa. En un pelele que le acaban de comprar a Chololo y que es de *chantung* azul marino, ribeteado con trencilla blanca y con un cuello blanco, le va a bordar el retrato de la «Niña». Para facilitar la labor de Tina, y la vuestra pues supongo que aprovecharéis la ocasión para reproducir el mismo bordado, os ofrezco en esta página el motivo de barco que copiaréis fácilmente a punto de cruz.

